

“Las bolsas de Paco”: Crónica de un largo diálogo con el archivo de Francisco Espínola

Ana Inés Larre Borges
Departamento de Investigaciones
de la Biblioteca Nacional

Mi propósito en esta intervención es dar cuenta de la colección Francisco Espínola que se custodia en el Archivo Literario de nuestra Biblioteca Nacional. Lo haré a través de la crónica de un extendido diálogo que sostuve con sus papeles.

Francisco Espínola es un escritor reconocido en Uruguay por la excelencia de su narrativa y, mientras vivió, fue alguien muy querido, un hombre de gran carisma que tuvo incidencia en la escena pública del Uruguay de la segunda mitad del siglo XX. Fue probablemente “El último escritor nacional”¹, un intelectual capaz de alcanzar un extenso consenso que influyó más allá de los límites de la ciudad letrada. En cambio, no tuvo proyección fuera de fronteras. No tuvo una audiencia internacional, ni regional tampoco. Por eso, para hablar de su archivo en este encuentro de académicos sudamericanos, creo preciso dar –así sea sintéticamente- un perfil del escritor.

Espínola nació en la ciudad de San José Mayo, sur del Uruguay, en 1901, y murió en Montevideo, el 26 de junio de 1973, en la víspera del golpe de estado. Fue una muerte simbólica. Con él moría también el Uruguay democrático, orgulloso de su civilidad, su laicismo y sus modos pacíficos de convivencia entre adversarios. Fue un escritor prestigiado pero también un personaje, un conversador y un seductor, un profesor carismático que extendió su lección a la radio y la televisión. Voy a ilustrar un poco la figura con imágenes pertenecientes al Archivo, de modo de ir a la vez, empezando a

¹ Así lo nombró Carlos Martínez Moreno y citando su acierto, titulé yo un ensayo biográfico que escribí para el concurso “Uruguayos notables” en 1990 que se publicó con ese título, en Montevideo, Fundación Banco de Boston-Linardi y Risso, 199...

mostrar su peculiar variedad (**Ver el retrato de Francisco Espínola, en powerpoint Imagen I y II**).

Espínola diseñó su vida entre la literatura y la política, perteneció por origen a la tradición del Partido Blanco pero derivó después a la izquierda y, sobre el final de su vida, adhirió al Partido Comunista (**Imagen III**, y un diario donde se anuncia su muerte anunciada el mismo día en que se disolvió el Parlamento uruguayo dando inicio a la dictadura. **Imagen IV**). En la historia de la literatura uruguaya ha quedado ubicado entre los narradores del 20, y en el marco del criollismo narrativo, junto a escritores como Juan José Morosoli, Enrique Amorim, Zavala Muniz, Víctor Dotti. Fue un destacado cuentista, autor de varias piezas consideradas magistrales –“Los cinco”, “Rodríguez”, “Qué lástima!”, “Rancho en la noche” publicados entre 1926 (*Raza ciega*, su primer libro) y 1957 en que publica “Rodríguez”. Escribió una novela – *Sombras sobre la tierra*- que fue un suceso en 1933, y dejó inédita su obra más original y ambiciosa, el *Don Juan, el zorro*, que él prefería llamar “poema” y que es difícil de calificar en su cruce de relato popular, fábula de animales y asunto épico. Espínola fue profesor y, ocasionalmente periodista. Incursionó en el ensayo y en el teatro, pero su obra más valiosa y reconocida está en la narrativa.

Primera observación: Hay algo en la evaluación de la figura intelectual de Espínola que está ligado a su archivo. En las lecturas más recientes de su figura y de su obra, se lo ha descubierto como una pieza clave en la cultura uruguaya por los contactos que tuvo con otros escritores, por la posibilidad también de descubrirlo, a la vez, dentro de la tradición regional y en contacto (aunque sesgado) con el espíritu de vanguardia. Si estudiamos criollismo está Paco, naturalmente; pero si vamos a buscar a Felisberto, a Onetti, a los jóvenes parricidas del 45, también está y de un modo significativo.

Tuve largo –intermitente- contacto con ese archivo que es a la vez rico e inesperado. Un archivo que refleja a su autor y, al mismo tiempo, atestigua una actitud peculiar frente a los papeles. Espínola tuvo –como casi todo escritor- una pulsión de grafómano, que se materializa en los apuntes espontáneos que anota casi en cualquier papel, con tendencia que es casi manía a corregir no solo sus cuentos, sino las entrevistas que le hicieron, los textos que publicó en la prensa y los artículos ajenos, incluso a veces, escribe



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE URUGUAY

sobre cartas que ha recibido. Anotaba con su letra de hormiga, aprobando o discrepando, comentando. Dejando las huellas de una reflexión continua que revela una frecuentación íntima con los papeles que acabaron por conformar su archivo. Al mismo tiempo, parece evidente que no ordenó esos papeles, ni seleccionó, sino que los acumuló según criterios muy idiosincráticos, por afinidad, *por gusto*. Nos frustra constatar que no guardó los originales de su obra editada, -no hay, salvo excepciones o fragmentos, originales de sus cuentos o de *Sombras*- pero guardó las obras que todavía estaban inacabadas o inéditas -y por eso junto a cuentos que nunca se decidió publicar y que fuimos recuperando, guardó todo lo que había escrito en casi cuarenta años de interrumpida composición de su siempre postergado *Don Juan, el zorro*. Hay testimonios de que acostumbraba regalar hojas sueltas de sus manuscritos a amigos. Lo que conservó fue lo que reunía y guardaba para sí mismo, de acuerdo a sus intereses y sus obsesiones. Es posible que Espínola (como su amigo Onetti) fue un escritor sin especial conciencia de guardar un archivo para la posteridad.

El Origen. La colección de Francisco Espínola llegó a la Biblioteca Nacional, en el año 1976. Fue traído por su viuda y puesto en custodia con la finalidad de resguardarlo. Eran los tiempos más duros de la dictadura y los años en que, derrotada la guerrilla tupamara, la represión alcanzó a partidos y militantes de izquierda que fueron declarados ilegales, especialmente se persiguió en ese año al Partido Comunista. La hija del escritor Mercedes Espínola, Mecha, fue presa muy joven por su sola pertenencia al PCU. Los hogares eran requisados por el ejército y el archivo de un escritor que había adherido públicamente a la izquierda y al comunismo, corría peligro. El Director de la Biblioteca Nacional era, entonces, Arturo Sergio Visca, crítico de la generación del 45, que fue un hombre débil en algunos sentidos, pero que recibió y amparó en esos tiempos difíciles archivos en peligro. Además del de Espínola, de quien Visca fue discípulo, recibió en la Biblioteca Nacional el archivo de Julio. E. Suárez, Peloduro, el gran caricaturista, dibujante y humorista de *Marcha*.

En esas condiciones dramáticas fue que llegaron las “bolsas de Paco” al Archivo Literario de la BNU. En ellas llegaron los originales de la obra más mítica y ambiciosa del escritor: el inacabado “Las aventuras de Don Juan, el zorro”. El propio Visca, con asistencia de Wilfredo Penco, preparó la edición (en muchos casos reconstrucción) del *Don Juan, el zorro*, a partir de las



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE URUGUAY

diferentes versiones de manuscritos, y prologó esa obra que fue publicada en 1984 por la editorial ARCA, en vísperas ya de la restauración democrática. Al igual que su muerte, puede entenderse este retorno editorial, como un simbólico regreso del escritor.

Encuentro con los papeles. Accedí a la Colección Espínola en en la segunda mitad de la década de 1980, en mi ya lejana juventud. Lo que primero me atrajo fue un “Diario de juventud” del escritor **(Ver imágenes 5 y 6 en el powerpoint)**. (El archivo de un escritor es también un espejo del investigador. Hoy me sorprende esa tan temprana manifestación de mi inclinación por las llamadas “escrituras del yo” por el género epistolar, por los diarios de escritores). El Diario de Paco que encontré en el archivo fue escrito entre 1926 y 1934, que corresponden a su juventud y a los años entre la fecha de edición de *Raza ciega*, su primer libro de cuentos y la publicación de *Sombras sobre la tierra*. **(Imágenes 5 y 6)**. Enseguida lo transcribí y estuve anotando el manuscrito afanosamente. Nunca lo publiqué. El trabajo fue de todos modos una gran experiencia: revisé colecciones de prensa y tuve entrevistas con algunos de los contemporáneos del escritor que todavía vivían como Casto Canel, musicólogo y casado con una hermana de Paco, amigo de Onetti y editor de “El pozo”, nacido también en San José y que me permitió identificar a personas y lugares. Sin embargo, el Diario en sí mismo resultaba trivial, era poco interesante y no hacía justicia al escritor. Decidí, después de todo, no publicarlo. En cambio había resultado una cantera que proporcionaba datos preciosos para reconstruir los principios de su carrera literaria. El diario revelaba un período olvidado en el que Paco fue poeta, y aportaba material importante sobre las fuentes de sus relatos.

Un par de ejemplos: documentaba la conversación entre dos borrachos que Espínola presenció una noche en el Café Bordad de San José, y de la que tomó nota que inspiró uno de sus mejores cuentos “Qué lástima”. Pero sobre todo, este Diario funciona como la contraparte no ficcional de *Sombras sobre la tierra*, con escenas y personajes que migraron a la literatura. Hice diversas cosas con el Diario, que, sin embargo, permaneció inédito.

Había compartido su lectura con algunas personas interesadas en el escritor, muchas veces para que se convenciesen por sí mismos de que era mejor no publicarlo. Entre otros, lo leyó Daniel Gil, destacado psicoanalista, hijo del



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE URUGUAY

escritor Luis Gil Salguero, que fue amigo íntimo de Espínola y que era un protagonista del diario juvenil. En 2015, Gil que ya había escrito un análisis psicoanalítico sobre el relato “Las ratas”, escribió un libro que estudia al autor y a su obra desde una perspectiva psicoanalítica. Naturalmente el Diario fue una de sus principales fuentes y lo transcribió largamente. **(Ver imagen 7: el libro de Daniel Gil.)**

Moraleja: un archivo nunca se agota, aun cuando se lo haya *trabajado* intensa y extensamente. (El archivo de Delmira Agustini es otro ejemplo elocuente). En el caso del Diario, es la perspectiva la que crea el interés de los papeles, y la perspectiva puede estar en la disciplina desde donde se lea, la teoría que prevalezca o el simple paso del tiempo y los cambios de sensibilidad que cambian el sentido de las obras. Cada nueva generación de lectores/de investigadores llega con diferentes preguntas que multiplican los usos de una colección.

En aquellos años, lo que yo sí publiqué del archivo, fueron unos textos en prosa, a mitad de camino entre la estampa y el relato, que Espínola había escrito para el “Suplemento multicolor” del diario *Crítica* de Buenos Aires y que llevaban el título general y tradicional de “Las veladas del fogón” y se publicaron en el correr de 1935. **(Imagen 8)**. La conexión con el diario de Bottana se dio a través de otro escritor de su generación, Enrique Amorim que llevó a *Crítica* a muchos autores uruguayos, entre ellos a Morosoli y Espínola. En el archivo de Paco solo había algunos recortes de *Crítica* con algunas de estas “Veladas” y había también manuscritos de otras “veladas” que no tenían impresos correspondientes. También encontré correspondencia sobre la serie. Fui a Buenos Aires, y en los sótanos de la Biblioteca Nacional de la calle México, rodeada de gatos, encontré en el *Suplemento multicolor*, las veladas que faltaban. Y, como ocurre siempre, otras cosas que no pensaba encontrar. El rescate se publicó en 1985, y para sorpresa de los editores y como síntoma de la permanencia del autor en la memoria del público uruguayo, mereció una reedición. **(imagen 9)** El mayor interés que presentan, además de algunos ecos de su mundo, está en que testimonian el germen de algunos de los proyectos futuros y mayores del escritor. En las “Veladas” figura larvariamente el *Don Juan, el zorro*, en versión primitiva más cercana a las leyendas del folcklore y en el formato de los cuentos de fogón.



BIBLIOTECA
NACIONAL
DEL URUGUAY

Más de veinte años después de editar estas crónicas, un día iba manejando (no hay otra forma de contarlo) y descubrí que una de estas “veladas” era en verdad un cuento para niños. Así nació “El baile de los bichos” (**Imagen 10**) que, es la versión personal de Espínola de una tradición del folclore del norte argentino, de la que luego descubrí existen diferentes versiones, entre ellas una de María Elena Walsh. Era una velada que había quedado inédita y se reconstruyó a partir de los manuscritos. Fue seleccionada por los Fondos concursables del MEC, en 2010, lo que permitió publicarla con ilustraciones de una dibujante argentina, Silvina Franzini, lo que, con justicia poética, cerró el itinerario rioplatense de la fábula.

(Tal vez haya que aclarar, para un público extranjero, que con un solo relato para niños, *Saltoncito*, escrito en 1928, Espínola ha sido un clásico en la literatura infantil uruguaya). En miniatura, “El baile de los bichos” contiene los rasgos que identifican la narrativa espinoliana: desde su ambientación nocturna, el humor, la propensión a la épica y a la picaresca, el desacato y aun, la incorrección política.

Otra consecuencia inesperada de la edición de “Las veladas del fogón” fue que en la Biblioteca Nacional argentina, en los diarios, encontré las primeras versiones publicadas de varios de sus cuentos. Así el archivo permitió establecer que “Los cinco” tuvo un antecedente en “Los cinco jinetes rumbo al calabozo” (**Ver imagen 11**) o que “Qué lástima” había sido publicado originalmente bajo el título de “Las tres ilustres borracheras”. Varios cuentos se recuperaron (**Imagen 12**) -La cronología de la creación de Espínola cambió, se ajustó a través de esta información del archivo que fue emergiendo públicamente. Y la edición crítica y anotada de los *Cuentos completos*, Montevideo, Cal y Canto 2002, cercana a lo que antes se llamaba una “edición definitiva” es el resultado del trabajo con el archivo. (**Imagen 13**).

El archivo trajo también revelaciones sobre un “Espínola antes de Espínola”, es decir sobre los ya mentados “principios” del escritor: como cuando el narrador fue poeta. Otra vez la investigación echaba luz sobre la obra: “La balada para un joven moribundo”, (**Imagen 14**). un poema largo, se convierte en un capítulo de novela en *Sombras sobre la tierra*. Y en “La pequeña capilla del bosque” (**Imagen 15**), otro poema largo, más imbuido de una estética de vanguardia, descubrimos un espejo de su cuento más experimental, “Rancho



BIBLIOTECA
NACIONAL
DEL URUGUAY

en la noche”, Ambos fueron escritos por la misma fechas y hubo una crítica Luisa Luisi que entonces los había puesto en relación. En combinación con los insumos de su “Diario de juventud” reconstruí una etapa bastante desconocida de su vida y de su obra, en un cuaderno “Francisco Espínola, poeta” (1992) (**Imagen 16**).

En la década del ochenta, Idea Vilariño aplica su teoría de los ritmos a la narrativa de Espínola y escribe “Los versos de Paco” que no se refieren a estos ejercicios juveniles, sino a los versos que quedaron inscriptos en su prosa deliberada y artística.

Menos es más: tesoros ocultos. No es posible dar cuenta de todo lo que encierra un archivo, pero me gustaría mostrar algunas “perlas” que encontré y señalar también las zonas que no he visitado y que esperan vírgenes a nuevos investigadores.

Siempre sentí que lo más valioso que yo fui encontrando en la Colección Espínola, fueron detalles mínimos pero reveladores. Y me gustaría mostrar algunos ejemplos.

De *Sombras sobre la tierra*, no existe un original, o juego de manuscritos relevante, pero en hojas sueltas, así como también en entrevistas breves o brevísimas diseminadas por la prensa, es posible hallar algunos datos reveladores de la forma de crear del escritor. Un abordaje genético indirecto pero fértil. Aquí una hoja del archivo (**Imagen 17**) donde Espínola, anotó, para sí mismo seguramente, una conversión anotada o comentada de los modelos reales y los personajes de novela.

Este recorte de impresos; “Yo de guardia” (**Imagen 18**), trae un episodio de la vida del escritor, su participación en Paso Morlán el levantamiento armado blanco de 1933 contra la dictadura de Terra. Este es otro texto que además se presenta como “fragmento de diario”. Ya era conocida su famosa “Carta a Vaz Ferreira” (**Imagen 19**) donde le contaba al filósofo como había peleado sin disparar un solo tiro. Sobre la relación rica y ambivalente que sostuvo el escritor respecto a este episodio escribí “Paso Morlán: Experiencia y literatura” (en *Homenaje Nacional a Francisco Espínola, a los 25 años de su muerte*, Facultad de Humanidades, 1998). Creo que el tema “da para más”, y que existen materiales, también en otros archivos y en la prensa para profundizar



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE URUGUAY

el estudio de lo que bien puede convertirse en “un incidente significativo” como los que proponía Robert Darnton, capaz de dar sentido no solo de la biografía del escritor sino a la historia y la cultura uruguaya.

Otro impreso, de la revista vanguardista “Cartel”, (**Imagen 20**) donde se defiende y desagravia al escritor porque le negaron el premio a su novela “Sombras sobre la tierra”, seguramente por razones políticas en la dictadura de Terra.

Son algunos ejemplos del caudal biográfico que encierra la Colección Francisco Espínola. Yo tenté, un ensayo, (**Imagen 21**), en ocasión de un concurso de biografías, que creo permite imaginar una –verdadera- biografía. En ese ensayo una de las cosas que más me atrajo fue lo que podría denominarse “el culto a la amistad”, una tradición criolla que Borges (temprano comentarista de “Raza ciega”, siempre reivindicó), y que Espínola manifiesta en cada molécula de su obra y de su vida. Me interesó descubrir a través de esas relaciones, un mapa, inesperado muchas veces, de relaciones literarias y también políticas. “Francisco Espínola: último escritor nacional” se construyó sobre esa idea. Había tenido como precedente un par de notas que publiqué a fines de 1987, a propósito de la amistad y relación entre Juan Carlos Onetti y Espínola, con exhumación de textos que habían escrito uno sobre otro. Paco la primera reseña que se escribió sobre “El pozo”, Onetti sobre una obra teatral de Espínola, “La fuga en el espejo”, de 1937, lo que convierte a esa pieza que recuperé de la prensa, la primera publicación conocida de Onetti en la prensa uruguaya. (“Orígenes de una amistad literaria. Un Onetti joven e indocumentado a la defensa de Espínola” y “Espínola escribe la primera valoración de El pozo”, en *Brecha*, Montevideo. 16 y 23 de octubre de 1987. p 30 y 31).

Esta foto (**Imagen 22**) no estaba en el archivo. Fue tomada, también en 1937, en la redacción del diario *El País* de Montevideo, cuando la visita de César Tiempo que llegó a estrenar “Pan criollo” y reúne a Onetti y a Espínola. Fue un regalo que hizo el generoso Hugo Rocha que es, en la foto, el más joven del grupo (sentado a la derecha). La muestro solo para probar la permeabilidad de las colecciones, su capacidad de multiplicar su tesoro. En este caso, por la generosidad del donante; otras veces por el diálogo entre archivos o entre investigadores. Mucho se ha escrito sobre la destrucción de archivos, los saqueos, la pérdida; poco de esta otra potencial capacidad de



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE URUGUAY

multiplicar lo habido. La idea de “red de archivos” que anima y nomina este encuentro, lo dice bien. Y con una red siempre es posible salir de pesca.

La foto, a su vez, me llevó a Buenos Aires, nuevamente. En la Biblioteca Nacional Mariano Moreno, en el archivo César Tiempo encontré las cartas que produjo el encuentro “retratado”. Se publicaron en “Paco y Onetti, una amistad en la frontera” en *J.C. Onetti: un escritor en la frontera*, Cuaderno de Literatura no. 6 de la Biblioteca Nacional (**Imagen 23**).

La colección Francisco Espínola está en la Biblioteca Nacional en régimen de custodia, lo que *significa* que para consultarla se debe pedir autorización a la hija del escritor, Mercedes Espínola, que es quien tiene los derechos y la administración de la obra y el archivo de su padre. En este momento, Mecha está armando una página web, un proyecto que fue seleccionado por los Fondos Concursables del MEC. Ha reparado y elegido un corpus documental que busca evitar las zonas más conocidas y transitadas de los documentos. Se da en su caso una situación de privilegio ya que es capaz de identificar muchos “datos” de archivo (reconocer personas y lugares en las fotografías, completar nombres, identificar caligrafías, reconocer orígenes, recordar contextos, intenciones etc..). P

Hay zonas enteras inexploradas todavía en este archivo, sus ensayos, la docencia que ejerció largamente. Aquí por ejemplo, (**Imagen 24**)

el borrador del discurso de aceptación al nombramiento de Espínola como Profesor emérito en la Facultad de Humanidades, donde fue docente. En ese sentido todavía este archivo tiene mucho para comunicar. En la imagen siguiente, (**Imagen 25**) está la portada de la edición de un guión de cine escrito por Espínola para Chaplin (para “Carlitos Chaplín”, como se decía antes) con el título de *Carlitos en Jerusalén*. Fue editado, en 2004, a partir de dos originales, uno que estaba en la Colección de la BN y otro en poder de su hija, fue un trabajo en colaboración. Paco lo escribió en 1935, en vida de Chaplin, por lo que puso la condición de que solo se podía filmar si lo protagonizaba el verdadero Charles Chaplin.

Estas fechas que he venido manejando, enseñan algo peculiar en Espínola, que el archivo evidencia: es el hecho de que toda la obra que desarrolló a lo largo de su vida, está ya decidido o iniciado en apenas una década, la que va de



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE URUGUAY

1924 hasta 1935. Es un caso extremo del desacuerdo frecuente entre la bibliografía editada y los tiempos de creación de muchos escritores que los archivos corrigen con frecuencia.

Para terminar quiero permitirme un comentario personal del trato con la Colección Espínola, no necesariamente extrapolable a otras experiencias con archivo. Siempre lo más valioso que encontré en este archivo ha sido cuestión de detalle. Anotaciones breves, escritas en sitios ínfimos o inesperados, pero cargadas de sentido; una categoría que muchas veces, no corresponde a las piezas atesoradas sino a la ensimismada, secreta conversación que el autor llevaba con sus papeles. En pequeños papelitos mínimos que guardaban a veces palabras de otros, en borradores que por eso son tanteos, picardías para sí. El archivo –también– como una forma de la autobiografía.

En la **Imagen 26**, una muestra de uno de esos momentos emocionantes que nos prodigan los manuscritos de un escritor cuando queda atrapado en el papel el instante en que descubren la clave de una pieza. Aquí, las palabras que intercambiaron los personajes de “Qué lástima!” cuando en el colmo de la ebriedad y la amistad, se cambian los nombres. Observar en el margen superior derecho: “Mire Juan Pedro, le dijo Juan Pedro a Sosa”.

En la **Imagen 27**, un comentario sobre uno de sus mejores cuentos: “Los cinco”.

Esta mañana, saliendo de la F[acultad] con el Dr. Tállice, yo le decía respecto a este cuento y mirando su concepción, no su calidad. Es lo más griego que se ha escrito en América. Claro que se han escrito cosas más valiosas. Sí, aquí el escritor está afuera. Ninguna palabra da indicio de lo que sucede en su intimidad. No hay signo alguno de las ganas de llorar que yo experimenté cuando lo escribí, Y un lector no puede reconocerse capacitado si leyéndolo no siente ganas de llorar. Ninguno de los cinco tiene conciencia de su inmensa desgracia humana. No hay para ellos otra pena que la frustración de su sueño de volver a ser jinetes como lo fueron cuando eran campesinos, como lo fueron sus padres. Aquí lo que vive son los objetos, las cosas que en su creciente infuncionalidad y en su deterioro van marcando el desmantelamiento del ensueño humano.

En **Imagen 28**, uno de mis hallazgos favoritos y de citarlo tal vez haya abusado en mis escritos sobre Espínola: su versión íntima, su reflexión



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE URUGUAY

inspirada y lúcida de su lugar (y el de Morosoli) en la literatura uruguaya y en el criollismo.

Lo nuevo que trajimos Morosoli y yo (principalmente) es esto. No se había dado, en la mayoría de los casos, más que los aspectos heroicos o la degradación moral. Nosotros somos los herederos de ciertos aspectos del teatro de circo; de lo que él dio en personajes saineteros especialmente. De sus negros, de sus reclutas, de sus sargentos, de sus comisarios cerriles.

En **Imagen 29**, esta enumeración de “recuerdos de Vaz Ferreira”, que nunca supe cómo usar, pero que tan fermental me resulta y melancólica, porque es muy posiblemente una enumeración para una charla o un homenaje perdidos. Y si parece fácil imaginar lo que corresponde a alguno de los recuerdos, otros defienden un secreto acaso también irreparablemente perdido. Enumera Paco:

- 1° Sombras sobre la tierra
- 2° Sus deseos de ir a San José
- 3° Margarita
- 4° Recitados
- 5° La abuela
- 6° Su tragedia de no poder olvidar lo que leía
- 7° Los chingolos
- 8° Enojo y reconciliación

Imagen 30, y es la última. Cierro con estos apuntes, -de un sueño y de una reflexión sobre su obra-, que encuentro bastante elocuentes del escritor que fue Espínola y que es un poco la contracara del conversador cautivante y público, y es, en cambio, fragmentario, iluminado y reticente, íntimo. Cito:

El sueño

Frecuentemente sueño que vuelo. Me sirvo de las manos. “Nado en el aire”. Y hay varios vuelos en lo que he escrito: Pedrín y su madre. Saltoncito. Juan Carlos desciende, como Pedrín sube.



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE URUGUAY

Me sucede...

Me sucede muchas veces, al escribir algo, que me veo en la acción. Y lo curioso, en indio. Un poco inclinado hacia adelante, en la actitud del Zapicán de Blanes, que conozco desde la “Historia Patria” y que nunca me ha causado mayor impresión, ni en fotografías ni en el original.

No hace mucho que he advertido esto.